

El amor prioritario a Dios y la evangelización continua como claves del cristiano (¿Qué es un católico practicante?)

PABLO LÓPEZ LÓPEZ

Ser cristiano es, según se mire, sencillo o complejo. La vida humana, cuya elevación definitiva es el Evangelio, también es, a la vez, compleja y sencilla. El Evangelio enseña precisamente a canalizar y unificar la complejidad de la vida natural y sobrenatural en la sencillez de los santos, que viene de Dios.

¿Cuál es la sencilla esencia del pleno vivir cristiano?: el amor prioritario a Dios, quien es amor tripersonal. No basta un amor cualquiera a Dios, ni un amor a un dios cualquiera. El amor a Dios ha de ser prioritario en todo momento. Ha de ser en el conjunto de la vida lo muy principal, sea cual sea el estado de vida de cada cristiano. Incluso inmerso en el pecado, el cristiano puede y debe redescubrir con inusitada fuerza el amor de Dios y el amor a Dios. Sólo el Dios del pleno amor es digno de nuestro amor pleno.

El amor prioritario a Dios no es privilegio de las almas más consagradas, como las claustrales. Ya la misma consagración bautismal nos envuelve en el amor del Padre eterno, uniéndonos intensamente a Cristo, muerto y resucitado, por obra santificadora del divino Espíritu de consolación. Ya el bautismo nos consagra al amor a Dios en virtud del amor de Dios. Él nos ha amado primero creándonos personalmente y rescatándonos para la feliz eternidad.

La misma fe y la misma esperanza son auxiliares para la finalidad evangélica del amor a Dios, que debe crecer sin límites. La conversión cristiana y las subsiguientes purificaciones no son más que un progresivo enamorarse de Dios. Cada acción virtuosa y caritativa, toda excelencia teológica, o

cualquier apostolado comienzan, transcurren y culminan con sentido en el amor a Dios, por la gracia del amor de Dios.

La Sagrada Escritura nos lo enseña en muchas de sus partes y en su conjunto, como por ejemplo en Lc 10, 27: “Amarás a Dios con todo tu corazón [...]”; Mt 26, 10-11: “Porque a los pobres los tendréis siempre con vosotros [...]”. Lo prioritario es siempre el amor a Dios, amor que se traduce en culto existencial y litúrgico, y en servicio a aquéllos a los que Dios ama, empezando por los más necesitados.

En efecto, por la Encarnación, el amor a Dios es inseparable del amor universal a los hombres. El culto a Dios y el servicio a los hombres resultan inescindibles. Nuestro amor no se centra en un determinado pueblo o sector de la humanidad, como el judío. Nuestro amor, como el divino amor encarnado en Cristo, se dirige a todo ser humano, llamado, ante todo, a ser hijo de Dios y, por tanto, a amar a Dios. Nuestro amor cristiano se halla sacramentalmente sobrenaturalizado. Por esto, nuestro amor máximo a Dios es causa eficiente, modélica y final de nuestro amor a los hombres. Todo lo hacemos por Cristo, con Cristo y en Cristo.

Ahora, la principal forma de amar a los hombres, la más pura y hermosa, es compartir con cada uno de ellos, personalmente, el amor inmenso de Dios. Esto es evangelizar, anunciar y comunicar la buenísima noticia del amor de Dios, que ya vivimos y que no nos cabe dentro. Guardarlo sólo para nosotros, los ya cristianos, sería contradictorio. Delataría la vacuidad o la inmadurez de nuestro amor a Dios, verdad plena de todo.

Por tanto, la sencillez y la síntesis de la vida cristiana estriban en amar a Dios en todo y por encima de todo, de modo que en todo y por encima de todo estemos continuamente transmitiendo su amor, es decir, evangelizando. Se evangeliza, esto es, se ama y comunica como Cristo, con la palabra y el silencio, con la acción y la omisión, viviendo y hasta muriendo. La Iglesia es comunión y, por ello, es comunicación. Ser cristiano, ser Iglesia, es ser comunicación de la comunión. Es comunicar o compartir la amorosa comunión trinitaria y encarnacional cuya cumbre es la comunión eucarística.

Todo ello replantea la noción de cristiano católico “practicante” como el que va a Misa, y poco más. Sociológicamente, católico practicante es el que, con regularidad, va a Misa. Pero teológica y teologalmente no basta con asistir a Misa. La Santa Misa hay que vivirla con amor, pues la Misa es la máxima actualización del amor de Dios en la Tierra. Hay que vivirla con amor, porque hay que vivir en todo momento con amor, y porque la Misa debe lanzarnos a comunicar el amor de Dios, a evangelizar. De lo contrario, la asistencia a Misa tiende a ser estéril y a extinguirse. Una Eucaristía que no inflama en el

Espíritu Santo, o que al menos no enciende una chispa de su santo amor, ha sido desaprovechada.

En suma, el cristiano practicante ha de asumir, con equilibrio y según su vocación y circunstancia, una compleja gama de compromisos y trabajos. Pero todos debe vivírlas desde un amor a Dios encendido en oración constante, tendente a la mística o unión íntima con Dios. Debe vivírlas, por tanto, principalmente deseoso y anhelante de ser Evangelio vivo, de evangelizar hasta con el parpadeo y la respiración.

Pide Dios

(Pide, Dios)

A Dios pídele Dios.

¿Por qué conformarte con menos?

Es lo que Dios primero quiere que le pidas:

a Él mismo y, si cabe, nada más,

pues quien a Dios tiene, lo tiene todo;

quien en Dios se tiene, en todo está, en todo progresa.

Nadie, en principio, posee a Dios,

salvo de quien Dios se deje poseer,

y Dios quiere dejarse poseer de todos,

poseyéndonos a todos juntos en Él.

El amor es posesión mutua,

libre donación sin reservas para siempre y en la eternidad.

¡Ama, ama a Dios!

Ama el Amor originario, con rostro y propio nombre.

Ama la Fuente de todo amor.

Descúbrela amándote desde lo más adentro, desde siempre,

y te enamorarás y compartirás su amor con todos a los que ama, que son todos.

¡Pero son tantos los que no le conocen ni le aman!

A Dios pide amarle, pide su amor, su mismo ser.

Es lo que más quiere darte.

Esto es salvarte,

salvarte del sempiterno desamor, para lo que no fuimos hechos,

pues creados fuimos para amar,

para amar sin medida, en la desmedida del amor de Dios.

Pide y pide el Espíritu Santo,
el Amor de Dios que se nos derrama,
a Dios mismo santificador, educador y que consuela cual madre,
padre y hermano a la vez.

Y pídelo en la unidad católica de la Iglesia,
la familia, terrena, purgada y celeste de Dios.

Pídelo junto a María, Madre de la Iglesia,
de Dios encarnado y de tu renacido corazón.

Pídelo todo en la comunión de todos los santos
y desde la eucarística comunión.

Pide y pide, sin cansarte de pedir, con humildad y confianza,
rogando primero por lo principal: Dios Padre en Cristo Jesús
comunicado por su Espíritu de santidad.

Y, en lugar segundo y con igual tremenda insistencia,
pídele que te pida,

que te pida también tu mismo ser, tu mismo amor, tu vida entera,
tal como Él se nos da, para la diaria evangelización,
la comunicación del eterno Amor.

No ofrezcas simples cosas tuyas, sino a ti,
para lo que Dios quiera, donde Dios más pueda amarte y quererte.